

Históricas Digital

Álvaro Matute

“Ignacio del Río: historia y región”

p. 9-20

Caminos y vertientes del septentrión mexicano: Homenaje a Ignacio Del Río

Patricia Osante, José Enrique Covarrubias Velasco, Javier Manríquez, Juan Domingo Vidargas del Moral y Nancy Leyva (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2020

334 p.

Figuras

ISBN 978-607-30-3387-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 08 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/718/caminos_vertientes.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

TRABAJOS TEÓRICO-METODOLÓGICOS E HISTORIOGRÁFICOS



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



IGNACIO DEL RÍO: HISTORIA Y REGIÓN

ÁLVARO MATUTE[†]

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1

En la primera clase del curso de Filosofía de la Historia, el doctor Edmundo O’Gorman utilizaba la metáfora del martillo de Heidegger para ilustrarnos acerca de cómo el hombre tomaba conciencia de su quehacer. El obrero, tras martillar incontable número de veces, siente cansancio, se detiene un momento y se interroga por el sentido de su actividad. Es decir, después de desempeñar cualquier tarea, ya por voluntad propia o por mandato, se encierra en ella y no la cuestiona. Sólo cuando algo propicia que la interrumpamos puede surgir la pregunta que interroga por el sentido de la acción: ése es el origen de la filosofía; desde luego, de la filosofía, y de la teoría de la historia también.

Pero pensar en ellas remite a cuerpos doctrinarios complicados, sistemas, cuestiones integradas en reglas del juego ya establecidas, así como en el desarrollo o la evolución que pudieron haber tenido. No: el sentido originario es y debe ser más sencillo y también debe estar al alcance de todos. Del simple hecho de preguntar no necesariamente se debe derivar el ingreso a un campo filosófico, de por sí altamente minado. Dejémoslo todo en una simple reflexión: pensar por qué se hace lo que se hace y qué tiene que ver con la propia vida. Aquí estamos, pero ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde caminamos? Platón y Aristóteles responderían de manera compleja y la respuesta llenaría diversos diálogos y tratados. Cualquier hijo de vecino, en cambio, apelaría a lo que esté al alcance de su mano. Las respuestas que se puedan dar tal vez lo asusten o tal vez le den confianza; todo depende de cómo las ideas que tenga lo remitan a las creencias en que esté.

Este circunloquial punto de partida me lleva a la distinción entre reflexión histórica y teoría o filosofía de la historia. No todo historiador está compelido a hacer teoría o filosofía de la historia; más bien, cuando estudiante, ya ansía que el semestre concluya para no volver jamás a ocuparse de esas terribles disciplinas que, según él, poco le servirán cuando esté metido en los expedientes de un archivo.

Si bien no estoy de acuerdo con eso, lo comprendo. Por lo que pugno en cambio es por la necesidad de dejar de accionar el martillo y preguntar por qué se hace lo que se está haciendo. Solamente reflexionar; no teorizar ni filosofar, o hacer esto último con la más vaga y general acepción del vocablo. Es por eso que la enseñanza profesional de la historia no debe quitar el dedo del renglón reflexivo. Las materias de Historia de la Historiografía, Teoría y Filosofía no hacen otra cosa sino poner al alcance de los futuros cultivadores los siempre importantes elementos que los lleven a pensar la historia, a pensar sobre su quehacer, sobre el sentido que tiene o que debe dársele en función de la sociedad que espera recibir su enseñanza.

Otro de mis clásicos, José Gaos, llama historia enajenada a la que se escribe para el consumo de los pares, es decir, para los colegas académicos. Reproduzco sus palabras:

se ha pasado del género literario Historia a la Ciencia de la Historia, esto es, de las obras de autores individuales y renombrados que daban las visiones y ejercían la función de alta pedagogía humana [...] a las obras de colectividades de investigadores y profesores que no parecen dar visiones semejantes ni ejercer tal función. Esta transformación de la disciplina histórica [puede] representar la pérdida de un factor importante de humanismo y humanización; representar una deshumanización, una peculiar enajenación del hombre.¹

El antídoto contra la enajenación que produce la alta profesionalización de la historia académica es reflexionar sobre ella. Reflexión remite a espejo: a verse, reconocerse, saber qué imagen se proyecta a los demás. Es pensar sobre el yo individual y colectivo que somos y lo que hacemos. Nuestro trabajo es enajenado si se queda atrapado en las redes propias del sistema al que pertenecemos, si no va más allá de nosotros. Por eso, el primer paso es dar

¹ José Gaos, “[Otras] notas sobre la historiografía”, en *Obras completas*, pról. de Álvaro Matute, coord. de la ed. Antonio Ziriñ Q., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 2009, v. XV, p. 558-561.

la pregunta que interroga por el sentido de nuestro quehacer. Una de esas frases que Karl Marx solía esculpir para que quedara bien grabada reza: “Si el ser humano es un producto de sus circunstancias, tendremos que humanizar las circunstancias.” Para lograrlo, el primer paso es pensar de manera que se pueda enfrentar uno consigo mismo y, claro está, con las propias circunstancias.

Hago énfasis en el hecho de subrayar la palabra *reflexión* y no utilizar “teoría” o “filosofía de la historia”, dado que éstas, asimismo, se han enajenado al divorciarse paulatinamente de la materia que supuestamente da origen a su razón de ser, es decir, la historia (con minúscula) o la Historia (con mayúscula). Su carácter insular las ha convertido en algo que se satisface por sí solo.

2

Ignacio del Río reflexionó sobre la historia. Lo hizo a partir de una mezcla de rigor y desenfado. Quiero decir con esto que, sin perder su compromiso de elaborar un trabajo con la seriedad que conlleva (esto es, con atención a todos y cada uno de los elementos a contemplar), lo comunicaba con una sencillez sin duda fruto de su práctica como profesor: escribo y hablo para que me entiendan. Lo esotérico no iba con él.

En su “Carta abierta a un joven aspirante a historiador”, desarrolla doce puntos que quien aspira a convertirse en profesional de tal menester deberá no sólo de tener en cuenta sino asumir como principios que lo guiarán en su empeño. No se trata de consejos prácticos como, por ejemplo, cómo buscar un expediente en un archivo, sino principios fundamentales, definitorios, alusivos a la conciencia de sí mismo en tanto aspirante a historiador. Conciencia, que es lo que lo distingue y define como ser humano; conciencia de su temporalidad, de su capacidad de recuerdo, de cómo ese recuerdo es memoria individual pero también y, sobre todo, colectiva.

No se trata, pues, de *puntualizaciones*, para emplear la palabra utilizada por él, acerca de detalles del quehacer, sino de lo que debe tener en mente como punto de partida de la acción: soy historiador porque tengo conciencia de mí, de mi ser en el mundo; conciencia que me ubica como un ser con pasado, con un pasado compartido con mis semejantes en instancias mediatas e inmediatas que me identifican como uno de ellos. Conciencia de que lo que yo elaboro como recuerdo colectivo va dirigido al entorno al que pertenezco ahora y en adelante.

La ejemplificación más lúcida de Ignacio del Río en ese sentido la ofrece en “Origen y razón de mi interés por los estudios de historia regional”. Se reproduce en su experiencia personal la metáfora del martillo de Heidegger. Trabajó en la Biblioteca Nacional en la catalogación de cincuenta cajas del Archivo Franciscano que custodia la institución por encargo de su maestro Ernesto de la Torre. Dice Ignacio:

Pasé tres años leyendo papeles que decían muchas cosas acerca del viejo norte de México, cosas que ciertamente resultaban novedosas para mí y que hacían que me interesara cada vez más vivamente en las tareas de catalogación que se me habían encomendado. Pero algo que me desconcertaba era ver que buena parte de aquella información que yo recogía de los papeles no se compadecía enteramente con lo que me habían enseñado en la escuela, en la Facultad de Filosofía y Letras; no se compadecía del todo con lo que yo creía saber acerca de la historia de México: los hombres, los hechos, las instituciones, los tiempos y los espacios de que me hablaban los documentos del *Franciscano* eran otros distintos de los que figuraban entonces en mi visión escolástica de la historia del país.²

La vocación histórica de Del Río, que ya estaba cimentada y confirmada por los cuatro años de atender los cursos de la licenciatura, atravesó en el edificio colonial del Templo de San Agustín, en Uruguay e Isabel la Católica, ya no un camino de Damasco, sino un trecho del mismo, el que lo conduciría a las metas que le trazaba la vida. La historia de los nortes de México, preferentemente el volcado hacia el océano Pacífico, el mar que bañaba las costas de su California y tierras aledañas, más acá y más allá de la frontera establecida por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo.

De nuevo, acudo a las palabras de Ignacio del Río más elocuentes que cualquier glosa que intente:

Afortunadamente no caí en el simplismo de ver en esto dos historias cerradas que resultaban mutua e irremediabilmente excluyentes; lo que concebí más bien fue que se trataba de una misma historia, a la vez unitaria y plural, que pedía ser estudiada y entendida integralmente. Ya en el prefacio de mi tesis de licenciatura —defendida en 1971— señalaba yo que en la historia que llamábamos “nacional” prevalecían, como en el mismísimo terreno de lo político, las visiones centralistas,

² Ignacio del Río, *Vocación por la historia. Textos varios*, La Paz (Baja California Sur), Instituto Sudcaliforniano de Cultura/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2013, p. 40.

las que hacían suponer que el país tenía un núcleo central ordenador y definitorio, fuera del cual ningún desarrollo histórico regional llegaba a adquirir sino una entidad y un sentido subordinados. Hablé desde entonces de un centralismo historiográfico dominante que llevaba a soslayar, a minimizar o a ignorar de plano la historia de las regiones periféricas o simplemente marginales, y llamé la atención sobre el hecho de que el arbitrario olvido de los diversos procesos formativos regionales hacía inviable el cabal entendimiento de la dinámica histórica del país entero.³

Historia, historiografía y enseñanza de la historia corrían parejas: el proceso centralizador ejercido por el Estado mexicano en la Posrevolución. A pesar de dicho proceso, algunos historiadores habían desarrollado trabajos importantes en las regiones, como Atanasio G. Sarabia en Durango, Vito Alessio Robles en Coahuila y Primo Feliciano Velázquez en San Luis Potosí. Pero ya su generación se extinguía (se había extinguido). La enseñanza profesional de la historia, si bien en los pocos estados en los que se desarrollaba (que eran muy pocos), atendía la historia local. En la centralizadora capital se omitía atenderla.

Jorge Gurría Lacroix, nuestro maestro, sucesor de Alessio Robles en la materia Provincias Internas (fundada por don Vito), dejó de impartirla, y su geografía histórica de México no llamaba suficientemente la atención sobre las diferencias regionales, de manera de incitar a los estudiantes a desarrollar trabajos sobre ciudades, estados, regiones geográficas. Acaso los historiadores del arte habían avanzado en ese sentido, como Francisco de la Maza con su natal San Luis y San Miguel de Allende, o Pedro Rojas con *Acámbaro colonial* y Carlos Martínez Marín con *Tetela del Volcán*.

Vino la gran llamada de atención que significó *Pueblo en vilo*, con lo que consolidó el camino de la historiografía académica hacia la historia local, ajena a la nacional, a la vez que parte de ella. En una proporción más modesta, cuando al final de mis estudios se me presentó la oportunidad de elaborar una breve biografía de Miguel Ramos Arizpe, al leer su memoria presentada ante las Cortes de Cádiz me enfrenté a la historia distinta que no había advertido como Ignacio en las clases de la licenciatura. ¿Qué tenía que ver el noroeste con el resto de la Nueva España? Con perspectiva, creo que me faltó más Humboldt del que precariamente adquirí (sin duda a todos, menos a los que tuvieron el privilegio de leerlo bien).

³ Ignacio del Río, *op. cit.*, p. 40-41.

Ahí se presentaba el dilema: eran historias particulares o formaban parte de una totalidad mayor.

Del Río lo anticipa bien en el párrafo citado arriba. En lugar de trabajar en el aislamiento regional, buscó esa “misma historia” que por el vicio del centralismo fue soslayada por la que pretendidamente se ostentaba como nacional. De la crítica de las armas pasó a ejercer las armas de la crítica. ¿En qué consistió? Fundamentalmente en abrir dos frentes: la investigación y la docencia superior. La cátedra de Provincias Internas fue retomada y, desde luego, la elaboración de trabajos con los que obtendría sus grados, y otros libros, artículos, ponencias, conferencias, entrevistas y todo cuanto estuviera al alcance de la nueva práctica de la historia del norte de México, o los nortes, participándose a colegas y discípulos interesados en transitar esos caminos.

Ignacio del Río formó parte de la gran corriente historiográfica regional que se desarrolló desde principios de la década de los años setenta y prosiguió en las décadas siguientes con la apertura de estudios históricos profesionales en un buen número de universidades estatales y posgraduados mexicanos de universidades extranjeras, así como estudiosos de otras partes que pusieron énfasis en la singularidad de las historias particulares, como Katz, Joseph, Mathes, Fowler-Salamini y muchos más. Menudearon los congresos, como el que tuvo su sede en Hermosillo, donde Del Río con Sergio Ortega encauzaron vocaciones, o los trashumantes de Carlos Martínez Assad por Querétaro, Guadalajara y Colima. Igualmente, El Colegio de Michoacán irradió hacia otras entidades como la aludida Sonora y, desde luego, las Baja Californias. De la toma de conciencia, Ignacio del Río pasó a ser protagonista de un proceso historiográfico que recuperó la plenitud que había perdido con el avasallamiento centralista y centralizador.

Paralelamente, el auge de la historia regional se vio acompañado con el momento en que la práctica historiográfica se caracterizó por haber alcanzado un *status* de alta especialización, o de especialización dentro de la especialización. Me explico. Las coordinadas espacio-temporales dentro de las cuales se podía ubicar el campo preferencial del historiador para tratar de encontrar respuesta a sus inquietudes se hicieron cada vez más acotadas y se conjugaron con los aspectos temáticos, esto es, el económico, el político, el religioso, etcétera, para llegar a una cuadrícula muy pequeña, milimétrica podría decirse. Los catálogos que se despliegan en los sistemas de evaluación a que es sometido nuestro trabajo son cada vez más abundantes, sin contar con las posibles combinaciones. Ejemplifico.

¿Hay quién lo duda? Historia económica, pero enunciarla es algo muy general; dentro de la economía hay finanzas, producción, comercio, extracción de materias primas, etcétera. Y esto puede darse en diferentes tiempos y en distintos espacios, por lo cual lo regional hubo de contemplar dentro de sí una infinidad de asuntos. Antes, sin embargo, es necesario precisar qué es lo regional, o más bien qué no es lo regional. Del Río ejemplifica bien: “no necesariamente es historia regional aquella que en su enunciado geográfico resulte menor al todo nacional”.

Antes de entrar en esta materia, en la cual destaca la argumentación de nuestro homenajeado acerca de la negativa de Manuel Miño Grijalva en torno a la existencia de la historia regional, cabe recordar que cuando se dio el auge indicado lo que mejor destacó fue la revisión de los alcances supuestamente nacionales de sucesos ocurridos solamente en partes y no en la totalidad del país. Por ejemplo, Ignacio del Río cuestionaba que se hablara del fin de la época prehispánica en 1521 cuando ningún hispanico había pisado la mayor parte del territorio que después fue nacional. Cómo las guerras de Independencia no se dieron en todas partes con igual intensidad o cómo la Revolución Mexicana no tuvo la misma acción en diferentes espacios del país. El revisionismo regional trajo frutos positivos al poner en tela de juicio una historia que se imponía por igual a territorios, sociedades, culturas, economías diferentes. La revisión regional condenó una historia unitaria, arbitraria, centralizadora. Si se reduce a un extremo, podría pensarse entonces que se pugnó por una historia balcanizada; si nos quedamos en un justo medio no es para tanto: simplemente se pasó de lo centrípeto a lo centrífugo, en donde éste recuperó sus propias identidades sin que necesariamente se renunciara a la identidad mayor, la nacional, pero sin el avasallamiento de las historias particulares.

Ahora bien, en las reflexiones ignacianas el problema es aún más complejo. Ante la negativa de Miño acerca de la existencia de una historia regional, Del Río manifiesta un primer acuerdo en el sentido de que, por no ser una disciplina autónoma, carece de una metodología propia. Asimismo concuerda con el historiador ecuatoriano en sus discrepancias con Micheline Cariño y Pablo Serrano en sus pretensiones de una historia total del corte de *Annales*. El punto es que las regiones para Del Río son virtuales e históricas, es decir, no están de una vez y para siempre, sino que son movibles; sus fronteras son nómadas, para decirlo con las palabras de un historiador que estudió a Sonora antes y durante la Revolución. El historiador configura su objeto, en este caso el espacio regional, como lo configuró

el propio Miño en su libro *El mundo novohispano. Población, ciudades y economía*, en el cual dedica varios capítulos precisamente a definir y caracterizar diversos espacios coloniales regionales. Si hay diferencia, hay región, expresa Ignacio del Río:

Región es una noción relativa que sólo cobra sentido en la medida en que se la relaciona y contrasta con la noción de totalidad suprarregional. En historia, en la buena historia regional, se estudia la región no con el objeto de desprenderla de su contexto y aislarla, sino con el de examinarla sin perder de vista el todo que la contiene, pues de lo que se trata precisamente es de hacerse de elementos que permitan entender a la vez los procesos históricos que se dan en el espacio acotado por efecto de la regionalización y los que se han conjugado para formar el todo del que la región es parte.⁴

Las regiones son “espacios que desde algún punto de vista, ya geográfico, ya histórico, nos parecen unidades perfectamente identificables”.⁵

3

Federico Campbell, cuyos días terminaron unos meses antes que los de Ignacio, con la agudeza de un escritor periodista sentó a nuestro homenajeado en el interrogatorio acerca de la escritura de la historia que, finalmente, es el producto al que se enfrenta el lector. Lo que recibe (si bien esa suerte de ortopedia que es el aparato crítico permite remitir al mencionado lector al proceso de investigación que dio lugar a lo redactado), el texto de arriba, es el definitivo.

Ignacio del Río reconoce y admite que los historiadores “somos irremediablemente narradores”.⁶

La narración sigue siendo un recurso formal del que ningún historiador puede prescindir totalmente. [...] Puede decirse que [...] en la narración, en sus elementos constitutivos, en su estructura, en su integración lógica, en la forma en que dicha narración queda finalmente construida, es donde el método se muestra y su posible eficacia se demuestra.⁷

⁴ *Ibidem*, p. 60.

⁵ *Idem*.

⁶ *Ibidem*, p. 63.

⁷ *Ibidem*, p. 63-64.

Ante la pregunta acerca de la novela histórica o la historia novelada, manifiesta que es de desearse que los libros de historia se puedan leer como si fueran novelas. El historiador narra procesos, no hechos aislados; de ahí la narración. Un proceso se narra (un hecho aislado es sólo cronología, agrego yo). Para concluir, Campbell le dice: “no hay relato inocente, se dice”, y responde Ignacio: “no; lo que puede haber más bien son relatores inocentes”.⁸

Su reconocimiento del papel de la narrativa en la tarea del historiador contrasta con su rechazo al giro lingüístico y, en general, al posmodernismo. Si bien coincide con el Vargas Llosa de *La civilización del espectáculo*, con el cual, asimismo, estoy de acuerdo, incurre en lo que critica a los molinos de viento a los que se enfrenta, es decir, reduce y descontextualiza lo asentado por dos exponentes del aludido giro, Roland Barthes y Hayden White, de quienes apenas toma unas pequeñas muestras que lo colocan en un bando semejante al de Arnaldo Momigliano en su rechazo a que la historia sea sólo retórica.

A mi juicio, lo retórico es lo narrado, el producto final donde se muestra lo interpretado por el autor de la manera en que lo ha expresado. Ni Barthes ni White toman en cuenta el otro componente o ingrediente de la composición historiográfica, la investigación, la cual, al manifestarse en el aparato crítico, también podría ser valorada —y aquí me apoyo en el brillante tratadista de la nota al pie, Anthony Grafton— como parte del discurso total, sobre todo al relacionar el apuntalamiento de los datos y su integración en el proceso narrativo de acuerdo con la organización lógica del texto.

Ignacio no deslindó el contenido, producto de la investigación, con la expresión final salida, no de las tarjetas, sino del cerebro del historiador. Su rechazo a las que califica de posturas posmodernas implica los problemas de jugar en cancha ajena. Si se había manifestado tan claramente acerca de la narración, censura a los teóricos, no de la historia, sino de la narración histórica a la cual no pretenden imponer ningún elemento prescriptivo, sino sólo dar elementos para una mejor lectura. Desde luego, las reglas del juego de la composición historiográfica están contenidas en su propia metodología y la valoración de la obra debe tomar en cuenta de manera principal el seguimiento de dichas reglas de juego. Sin embargo, se narra, se caracteriza personajes, se entrama, pero no de manera deliberada, producto de una metodología, sino cuando la pluma vuela más allá de las tarjetas, los cuadernos, o las notas

⁸ *Ibidem*, p. 67.



levantadas en el archivo o la biblioteca. El método del discurso lo contempla todo.

Conclusión

El historiador que reflexiona, parafraseando a Gracián, es “dos veces bueno”. Ignacio del Río vio de frente el martillo que accionaba su brazo, dialogó consigo mismo e hizo partícipes a sus interlocutores de sus elucubraciones, muchas de ellas didácticas, porque fue un excelente profesor. Otras, en comunicación en corto; y las que he aludido, en ensayos que afortunadamente han sido recogidos en libros que acompañan a su obra mayor sobre el dilatado noroeste mexicano colonial.

Envío

También colaboró Ignacio en una obra colectiva sobre los héroes y los mitos, producida en este instituto, en el cual compartimos experiencias durante más de cuatro décadas. De los espacios de nuestra universidad que conozco, éste, el instituto, es el único que no recuerda a sus investigadores conservando sus nombres en una de sus aulas, ni guarda la efigie de los que en él han destacado. Propongo que el nombre de Ignacio del Río se coloque en uno de los salones contiguos a este auditorio.